

EL EMBOZADO

Por
Pierre CHILI

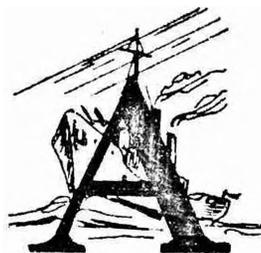
Fue cirujano naval el veterano a quien nos referimos. Sirvió en el Ejército en la guerra del Pacífico. Al morir le dedicamos la siguiente necrología:

“Debe hallarse a estas horas en el otro mundo con sus “invencibles tercios”. “Mañungo” —así llamaba familiarmente al respetable general Baquedano, a quien se lo echaba al hombro como una escopeta— habrá montado en su “percherón blanco” para rendirle honores en las puertas del cielo.

“Barbudos rotos habrán formado guardia y “terciado” sus fusiles cuyos cartuchos mordisqueaban en sus tiempos.

“¡Presentad armas!” habrá dicho Baquedano, espoleando al percherón y colocándose a la cabeza de la guardia.

“Y una linda damita del año 80, ataviada con polisón y de bucles bajo el sombrerillo coqueto, se habrá adelantado a recibirle; lo habrá besado y dicho con ternura quejumbrosa: “¡Por fin! ¿Por qué tardabas tanto?”.



H DEL MOZO! ¡Taza grande!

Golpeaba las manos como don Juan Tenorio en la hostería de Venecia y tomaba asiento en la cámara de oficiales con la arrogancia de un Bergerac.

No eran, evidentemente, indispensables aquellos despliegues de majestuosidad, para llamar a un mozo y hacerse servir unas tostadas con mantequilla y café con leche; pero el viejo veterano adoptaba gallardías de gran señor en sus actos más insignificantes.

A los jóvenes que nos encontrábamos embarcados con él en su mismo buque, nos miraba con cierta desdeñosa protección por, el pecado imperdonable nuestro de haber nacido un medio siglo después que su señora madre lo lanzara al mundo, y por el pecado, más abominable aún, de no haber nosotros “olido pólvora el año 79”, ni galanteado damas de polisón, de bucles y de crinolinas, dispuestos a “medir los aceros” con el primer descomedido rival que le platicara de amores y bajo “un balcón florido” a la doncella de nuestros ayunos y desvelos. (¡Impagable y sabroso viejo!).

Escalofriaba nuestros nervios cuando nos relataba sus hazañas guerreras, que eran unos bellos embustes, según nos parecía. Pero no eran embustes los suyos; no faltaba deliberadamente a la verdad; convencido a sí mismo estaba de que cuanto refería era cierto.

Navegábamos rumbo a Arica, no hace muchos años. El veterano cirujano se paseaba preocupado en la cámara del Prat. Se detuvo. Bajó la cabeza contrito y enigmático. Con voz profunda, dijo:

—Alma noble y generosa.

Nadie le respondió, receloso cada cual de un relato. Al notar nuestra indiferencia, se detuvo de nuevo y con un acento todavía más profundo y conmovido, repitió:

—¡Noble amigo! ¡Alma generosa! El Sumo Hacedor te tenga en sus Santos Reinos.

Era ya demasiado. Con sorna le preguntó un oficial:

—¿De qué nuevo difunto se trata?

—Es un penoso recuerdo que me asalta con motivo de este viaje a Arica, la hermana de Tacna.

Fue un triunfo oratorio el suyo; el mejor de sus triunfos. A medida que nos hablaba fue disminuyendo nuestra sorna para transformarse en un interés subyugador y efectivo. Al finalizar, le dijo impresionado e irrespetuoso uno de sus oyentes:

—¡Diga que no nos ha mentado esta vez!

—Que no lo diga, intervino apesadumbrado, otro. Si es una ficción, que siga teniendo la ilusión de una hermosísima verdad.

—He dicho lo cierto, ¡y voy a probarlo! respondió ofendido, el veterano.

Abandonó la cámara y reapareció con unas viejas charreteras de un cirujano boliviano y con unas amarillentas cartas en las cuales se le anunciaba el obsequio de estas insignias, dando a entender en las frases de la carta que era verídico lo que el veterano nos refiriera. ¡Quedamos sorprendidos!

Incapaz me siento de reproducir con exactitud el relato. La letra no puede hacer vibrar las altisonancias, las vehemencias y la emoción de las palabras, tal como el cirujano nos hablara. No obstante, procuraré transmitir sus propias frases:

—El día anterior al glorioso acontecimiento de la batalla de Tacna, fui a entrevistarme con Manuel. (Así llamaba familiarmente al benemérito general Baquedano.) Le solicité a Manuel que me indicara el sitio donde ubicar a mi hospital de guerra.

—¡Matasanos de los diablos! Colócalo en aquella hondonada del terreno, pues el

enemigo, según mis informaciones, atacará por aquellos otros costados.

—¡Está bien, Manuel!, le repuse. Cumpliré con lo que me ordenas. ¿Y has recibido carta de la Chabela?

(El veterano entremezclaba en su relato, asuntos muy íntimos con hechos históricos muy formales.)

—La Chabela está buena y en una de sus cartas te manda decir que cuides de mi salud.

—Tu salud es la de la Patria, Mañungo. Los "manes" de Chile, con su cirujano en jefe en campaña y a la cabeza, cuidan del general victorioso en mil combates.

Instalé mi hospital en la hondonada que me indicó Manuel y muerto de fatiga me retiré temprano a mi carpa para amanecer fresco el día del combate. En mi sueño sobresaltado escuchaba el alerta de los centinelas y el tintineo de las armas de los relevos. No podía conciliar el sueño: al amanecer se jugarían los destinos de Chile. Como a las 2 de la madrugada se alzó la lona que hacía de puerta de mi carpa. Tomé mi "par" de pistolas.

(Nótese que todo veterano jamás se arma con una sola pistola sino que un "par" siempre, como en las antiguas novelas).

—¿Quién va?, pregunté alarmado.

—Soy Retamales, señor. Un hombre embozado, que no ha querido dar su nombre, ha sido detenido por los centinelas al traspasar nuestras líneas. Ha dicho que quiere hablar con urgencia y sobre algo muy importante con el señor cirujano.

Abandoné malhumorado mi lecho, diciendo:

¡Importuno el embozado! ¡Pásame, Retamales, las botas!

Ya vestido y con mi par de pistolas bajo mi capote, dispuse:

—¡Que pase adelante el misterioso vivante!

Entre dos centinelas armados, apareció un extraño personaje, completamente embozado con una elegante manta de vicuña. Amartillé mi "par" de pistolas, por lo bajo.

—¿Quién sois?, le interrogué.

—Antes de responderos os ruego que despidáis a los presentes.

Cabo de guardia, retire a los centinelas.
Retamales, ¡déjanos solos!

—¿Quién sois? ¿Qué importante misión os trae a un paso de la muerte?

Sin replicarme directamente, me preguntó a su vez:

—¿Sois, por ventura, el cirujano en jefe del Ejército en Campaña de Chile?

—Con él habláis...

—¿Sois un hombre de honor?

—Soy chileno, y esto os baste,- es decir, de los que prefieren la muerte a vivir sin honra.

—¿Empeñáis vuestro honor de no delatarme?

—Siempre que sea sin perjuicio del honor y los intereses de mi Patria.

—Será el interés de Chile.

—Tenéis, en tal caso, mi honor empeñado. ¿Quién sois?

Lentamente se fue despojando de su embozo y arqueando el cuerpo en un saludo, me dijo ceremonioso:

—Estáis señor, en presencia de un enemigo. Habláis con el cirujano jefe del ejército boliviano.

Me estremecí de asombro, y, luciendo una arrogancia de que no era dueño, le pregunté estupefacto:

—¿Y qué os trae?

—Un deber humanitario. Habéis establecido vuestro hospital en un sitio mortalmente peligroso. Me he impuesto de que las tropas bolivianas atravesarán esa hondonada en sus primeros ataques. Vuestros inválidos y enfermos serían en tal caso diezmados. ¡Retirad vuestro hospital de aquel sitio!

Perdida mi serenidad, le pregunté receloso:

—¿No es una celada la vuestra?

—Habláis con un hombre a quien le repugna ver combatidos a enfermos e indefensos. No me delatéis. Lo hago por humanidad. Si en mi ejército se sabe que he venido a revelar uno de sus planes de ataque, sería fusilado y dejaría a mis hijos una herencia de traición y de deshonra.

Convencido de su sinceridad, le extendí mis manos que abandonaron el "par" de pistolas:

—Sois el más perfecto de los caballeros y honra de vuestra Patria, de la ciencia médica y de la humanidad entera. ¡Cien mil veces muerto que imponer a los míos de los planes de avance de vuestro ejército! ¡Si calificáis como una traición a vuestra Patria un acto tan humanitario, por mi parte traiciono, a mi vez, al más glorioso de los países, no diciendo palabra de lo que me habéis confiado!

—Gracias, señor cirujano... ¡Adiós!

—¡Adiós, noble y generoso amigo!

Se embozó en su capa de vicuña. Ordené que le dejaran franca la salida y me dirigí donde Manuel para solicitarle el cambio del hospital de campaña, alegando razones higiénicas.

Enfurrñado Mañungo por haberlo despertado en lo mejor de su sueño, me dijo de mal genio.

—¡A las horitas que se te ocurre cambiar el hospital! Haz lo que quieras, ¡matasanos de los mil demonios!

(No me detendré en describir palabra por palabra el largo y dramático relato del combate, según el cirujano. Sólo me concretaré a lo esencial.)

En la madrugada se inició la memorable batalla de los campos de la Alianza. Pasó por la hondonada en que antes estuviera el hospital, un vendaval de metralla, sembrando el exterminio. Eran las fuerzas bolivianas. Había tenido razón el noble embozado. Ni uno solo de mis enfermos habría quedado con vida... Llegó la noche siniestra. Quejidos, agonías, imprecaciones y oraciones de los moribundos al Creador de la paz y de la guerra. Comenzó para mí la más penosa de las tareas: recoger muertos y auxiliar heridos sin distinguir a chilenos y adversarios. En la obscuridad me hice acompañar con una linterna. (Al llegar a esa parte, vimos que ostensiblemente, los ojos del cirujano se cubrían con lágrimas y que su voz se transformaba en temblorosa.)

Entre los miles de heridos y de cadáveres, mi linterna alumbró el cuerpo de un cirujano boliviano.

Con una congoja inmensa le dije a Retamales:

—¡Alumbra bien! ¡Limpiale la cara!

En el herido reconocí al noble cirujano de Bolivia. Me abalancé sobre su cuerpo

como si hubiera sido el de mi hijo o el de mi madre.

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Noble amigo!

—Esto ya no tiene remedio, me respondió con un débil quejido.

—¡Sí lo tiene! Para reponer vuestra noble vida, disponed de todo Chile y de todos nuestros regimientos, que os darían su sangre por salvaros.

—¡Paz! ¡Paz! ¡Humanidad! ¡Mis hijos! ¡Mi esposa! ¡Mi pobre Bolivia!

No dijo más aquel héroe de la humanidad, y murió en mis brazos.

(El veterano al terminar con esta frase, estaba convulso. Se dejó caer en un asiento, y algo como un sollozo se desprendió de su pecho).

—¡Alma noble y generosa! Dios te tenga en sus Santos Reinos, terminó diciendo en su congoja.

¿Mintió o exageró el cirujano? No concibo tanta imaginación y teatralidad. ¡Allí estaban las charreteras y las cartas!

Pero ¿qué importa? Ficción o verdad, aquel humanitarismo heroico y novelesco es como una luz hacia el norte, que nos hace olvidar odios que pasaron...

